

## Reseña

### *Tiempos de la creación y del pensamiento.* *Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo (coordinador),* *2014, UACJ-UMSNH.*

Joel P. Bañuelos<sup>1</sup>

Si en el ánimo de dar una lectura exhaustiva de los senderos que habitan en el libro *Tiempos de la creación y del pensamiento* es necesario entender la configuración del tiempo en la narración, pues uno de los temas que nos preocupan hoy en día tanto en la consonancia estructural de la función narrativa como la exigencia de verdad que nos pide toda obra, es el carácter temporal de la experiencia humana. El mundo desplegado por toda obra narrativa, como lo diría Paul Ricoeur, es siempre un mundo temporal. De ahí el objeto de análisis en este libro. Siendo breves podríamos decir que la primera parte del texto se enfoca a la bifurcación de la creación literaria, la segunda transita en los espacios del pensamiento político al filosófico hasta retornar a la literatura.

Y para dar una visión un tanto panorámica sobre los estudios que encontrará el lector en esta obra es preciso comenzar con el análisis de Juan Carlos Orejudo Pedro. En su ensayo “El tiempo y la melancolía en la obra poética de Baudelaire” se habla de la gran preocupación por el tiempo que tiene el poeta hasta convertirse en una obsesión. En donde el poema “el viaje” es una aventura poética que profundiza en la experiencia del tiempo como espacio interior que nos revela la identidad de un yo en duelo, es decir, el tiempo y el espacio resultan sustituibles entre sí. El espacio puede ser temporal y el tiempo es un espacio transitable, cada uno de estos elementos sirven para medir al otro. Baudelaire representa un alma perdida en la modernidad, a una generación sin fe, pues se habla de una pesadilla discordante entre la realidad y el sueño; para este crítico el ensueño sirve para liberar a la fantasía, al poeta. Según Juan Carlos, se escapa al sueño y recreación de los hechos porque no funciona en la realidad. Recordemos que en la poesía se narra un mismo hecho en sus distintas posibilidades; entonces, podemos concluir que el crítico ve en este diario onírico una victoria que se sobrepone a lo real y es donde el poeta obtiene su triunfo. Entendemos que Baudelaire se fuga, de acuerdo a la visión de Juan Carlos, a un espacio onírico por consecuencia de haber sido derrotado en la realidad, y como la vida no puede ser cambiada, re-alumbra la lucha contra esta y la encuentra en la escritura. Esta huida al imaginario poético va ligada a lo que decía Ortega y Gasset: “uno entra a la vida herido”, si revisamos la biografía del poeta, la vida lo ha tratado bien, no obstante no tendría de qué quejarse; pero él no habla de una penumbra corporal, sino de algo más complicado, de esa herida metafísica; en la poesía de Baudelaire se sabe que las cosas están fallando, que la realidad

---

<sup>1</sup>- Joel P. Bañuelos es egresado de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana (UACJ) y actualmente es alumno de la Maestría en Estudios Literarios en la misma institución. Correo electrónico: joelpenabanuelos@gmail.com

tiene lados muy flacos y que no debería ser así. El poeta busca ese grado de orden y perfección, según Juan Carlos, al darse cuenta que en el mundo, en la vida no lo hay. Entonces, la poesía se vuelve un medio para exorcizar el desencanto.

Otro de los ensayos sumamente importantes, y que todo estudioso de Borges y Cortázar debe considerar a la lectura, es el trabajo que realiza Roberto Sánchez Benítez, *“Borges y Cortázar: la visibilidad del tiempo”*. Lo que me gustaría rescatar de este análisis es la postura del autor, que en su estudio parte de la percepción aporética del tiempo según San Agustín, hablamos por supuesto de su naturaleza impensable, intraducible, esa condición aturdidora, el que nunca sea todo presente y señalando siempre algo que no es. Se aleja del carácter ideológico o social de la obra de Cortázar y Borges, se dedica más bien a ver su obra literaria como objetos autónomos y se enfoca en desentrañar que tanto del pasado es una proyección a futuro, en donde todo presente es una constante aniquilación de ser hacia lo que ya ha sido y lo que espera ser. En el trabajo de Sánchez Benítez se da una configuración de los personajes borgianos y cortazarianos como seres que se visten de angustia para enfrentar la decepción, negando así toda posibilidad de acción en la vida de los caracteres, es decir, la forma en que la creación poética es ya un desencuentro inicial con lo inmediato y la coexistencia o simultaneidad de las cosas dentro de una imagen fotográfica.

Después le sigue el ensayo “Tiempo y Tierra definiendo amor: espacio–juego–tiempo” de Humberto González. En él se busca responder a la pregunta por el tiempo a partir de la filosofía de Heidegger, cuestionándose por la autenticidad del ser ¿soy yo mi tiempo? Este ensayo se dirige a un estado de autoconciencia para la trayectoria del ser–ahí pero a diferencia de los anteriores críticos, este se muestra mucho más optimista en sus afirmaciones, es decir, que la lectura que hace sobre el individuo en su trayecto en la vida demuestra que es una enseñanza de la fantasía, de una construcción pensada, trabajada con arduo refinamiento y sabias reflexiones que sólo demuestran el gran amor a la imaginación poética. La postura de la autoconciencia del tiempo en base a la idea del amor como salvación y consuelo del alma a través del arte es la primicia de este estudio, se encuentran las palabras exactas y terribles del desengaño. La furia del acontecer del “tiempo propio” en donde no sabes si te golpeó desde fuera o si uno ya lo llevaba dentro desde entonces, como si estuviera dormida. Entonces la ficción, la literatura, se vuelve un escape a esa necesidad que uno lleva dentro y a cada minuto salta y se derrama por las paredes, por tanto, debe ser alimentada constantemente y hacer que cada día prevalezca y aumente nuestras fuerzas, y obligarla a que nos haga vivir un poco más.

No obstante el trabajo realizado por Héctor Santisteban: “Resignificación del tiempo”, habla desde una perspectiva filosófico–literaria. Se hace un breve esbozo de sus experiencias y erudiciones personales en su enfrentamiento con las consideraciones científicas y filosóficas para aterrizar el tema del tiempo. En este estudio se puede apreciar una mirada muy al estilo de Carl Gustav Jung, habla de una psique en la que los seres humanos necesitan de la huida como cura de la desgracia del mundo. Podemos encontrar, asimilar, concluir, que el tiempo mítico es la manifestación de la temporalidad de la intimidad humana, por tanto, no es homogéneo. En el transcurso que tenemos por el mundo hay acontecimientos tan fuertes como el odio de Dios, experiencias que a final de cuentas se convierten en incitaciones tan poderosas –casi una necesidad nefasta– para concebir con ellas mundos posibles, porque solamente allí, en esas alboradas del destino, aquel gesticulador y su relación tan entrañable con el tiempo se vuelve la prueba palpable, evidente de la importantísima función que cumple la ficción esa vida onírica e inventada de los que observan es prueba de la preocupación humana: el problema de su ser y su finitud.

Para concluir con los estudios que se han realizado respecto al tiempo, porque sería imposible abarcarlos todos –por ejemplo, no se habló de Víctor Manuel Hernández Márquez y su análisis “El tiempo en la sociología de Norbert Elias”, o de Adan Pando Moreno, Juan Álvarez–Cienfuegos Fidalgo, por nombrar los autores faltantes en el estudio de este libro–, nos encontramos ahora con Roberto Estrada Olguín y su ensayo “Aproximación preliminar al tiempo en Henri Louis Bergson”. En él se habla de una manera muy universal y sencilla de la filosofía de Henri Bergson. Enfatizando la relación que existe con el concepto de espacio y su relación con una metafísica del devenir. Pues según el filósofo el entendimiento del tiempo a partir del espacio, ha generado que se conciba una inmovilidad, es una pasividad agresiva de la cual deriva la comprensión del ser como un sujeto inamovible. Por tanto, lo que está en juego es la posibilidad de concebir el devenir como parte de la realidad, porque en el imaginario colectivo se tiene la idea de que lo cambiante es algo concebido fuera de lo real.

Después de esta enumeración de autores ¿qué significado tiene la melancolía en la derrota y el fracaso del hombre ante su admiración por el tiempo? Para esto debemos diferenciar entre ambos conceptos. Primero, ver la derrota como esa exploración existencial donde los personajes sufren un duelo y son vencidos, así como la percepción del tiempo debemos diferenciar que la ansiedad es una suerte de deseo por adelantar el tiempo. La nostalgia es un deseo de retrocederlo. Dejan ambos al presente como un otero al que se sube pero al que se le pisa con inadvertido desprecio, a ser sólo un instrumento condenado al soslayo y al olvido. Mientras tanto, la derrota implica un grado de pasividad.

Esta inercia va ligada al concepto de la derrota que significa ser destruido, o como se conoce comúnmente: es apartarse de la calzada germinadora. Como se puede ver, la derrota es sufrida, recibida por algún otro, ese otro es el tiempo. Estos ensayos demuestran como el artista sufre un fracaso en el momento en el que supone una empresa y no la completa como lo tenía planeado pero triunfa gracias al arte, a la filosofía. Este fracaso, infligido en el poeta, Baudelaire por ejemplo, no es algo que busque evadir, más bien es su forma de estar en el mundo. El poeta, el filósofo es un ser derrotado, no sólo porque falló en las decisiones que tomó en el trayecto de su autoconciencia, sino porque su existencia ya está dispuesta a la derrota. Lo que vemos en Baudelaire y las distintas ensoñaciones de los distintos lugares que narra es una variedad de fracasos, pero todos ellos de un modo de ser desde y hacia la derrota. Es decir, la melancolía es el proceso de pérdida donde siempre hay un resto del objeto del deseo que no puede ser integrado a nuestra realidad mediante el trabajo del duelo (el sueño, el recuerdo, la ensoñación, etc.) y la fidelidad fundamental de Baudelaire es la fidelidad a sí mismo. Mientras el sujeto melancólico (El ser que es consciente de su tiempo) el convivir con su propio pasado, y este tránsito de la realidad a un espacio onírico es un triunfo.

Entonces debemos ver que para el ser humano en su confrontación con el tiempo lo inexorable no es el fatalismo, sino la libertad de adoptar las derivaciones fatales. Es en esta reflexión donde uno se percató de la atrocidad en la vida, pero uno decide cómo vivir el infierno. Lo primero es despojar todas esas connotaciones humillantes, no ignorándolas ni recreándolas ni superándolas, sino aceptándolas. El melancólico (como los personajes de Borges) acepta su derrota a partir de haber incurrido en un paralelismo entre la pérdida y la falta, donde la melancolía interpreta esta desaparición como si el objeto ausente hubiera sido poseído y después perdido.

Al revivir la memoria el sujeto se percató de que el objeto del deseo nunca estuvo y que la escritura coincide con su pérdida, que este duelo del ser ante la inmensidad temporal no es nada más que la

aceptación de un vacío/falta, una entidad anamórfica que no existe “en sí”. Por eso los protagonistas en Cortázar, la voz poética de Baudelaire son siempre mutables, se sueñan como sujetos feroces: cazador en Alaska, contrabandista en Holanda, marinero en la bahía de Arrak, siempre hombre entre los hombres bastándose a sí mismo.

El sujeto se mueve entre una brecha hegelina, esa brecha mínima entre el “en sí” y el “para sí”, entre la confrontación y la auto-conciencia del tiempo, pues no tienen ninguna otra razón, no son un escape ni buscan una verdad absoluta que le ayude a mitigar la derrota, es el arte por el arte en el devenir existencial. Y así cómo lo decía Heidegger para responder la cuestión de ¿qué es el tiempo?, se ha convertido en la pregunta: ¿quién es el tiempo? Y más preciso: ¿somos nosotros mismos el tiempo? Y con mayor rigor todavía: ¿soy yo mí tiempo? Esta enunciación es la que más se acerca a la respuesta. Desde una perspectiva así planteada, el ser y el tiempo co-existen en un “en sí” y “para-sí”, por tanto este es el núcleo más íntimo de la identidad del ser humano, es fundamento, adquiere existencia real, sólo en cuanto es una vez más externalizado en una huella significativa. El ser-para-sí hegeliano corresponde al ser de una cosa para su propio símbolo: en donde la cosa es más sí misma, y cómo lo anuncia el filósofo esloveno Slavoj Žižek: es precisamente el reflejo-en-sí-mismo de la alteridad de su tiempo, es decir, una “pura” alteridad que ya no es algo-otro.